

cias radicales con los progresos del calvinismo respecto al luteranismo, así como que a pesar de la llamada Paz religiosa de 1555 se trabajaba para aniquilar completamente la confesión católica en el Imperio. Que en esto podía prestar buenos servicios el tratado «De autonomía» publicado en 1586 por Andrés Erstenberger, el cual contra las pretensiones protestantes de todas direcciones somete la cuestión de la libertad religiosa a un profundo examen no sólo teológico, sino también principalmente jurídico (1). Como al peor enemigo de los católicos designa Segá al conde palatino Juan Casimiro, que estaba en relaciones con Isabel de Inglaterra y los calvinistas de Francia y los Países Bajos, y se esforzaba por desarraigar enteramente la religión católica de Alemania (2). Respecto de la situación de Austria dirigió Segá la atención de su sucesor especialmente a los insostenibles atentados de los funcionarios imperiales al derecho de los bienes eclesiásticos, al fomento de la reforma y restauración católica en Bohemia, a la protección de los católicos en Glogau y a la provisión de los obispados húngaros vacantes.

Fuera de los negocios de Austria trata Segá de la contienda sobre la soberanía entre Wurzburg y Fulda y especialmente del decreto de proscripción del Imperio contra Gebardo Truchsess, así como de la protección de los católicos en Aquisgrán, Estrasburgo y Augsburgo. Opina Segá, que donde se ofrecía ocasión de ejecutar los decretos del concilio de Trento, había de ser aprovechada. Con energía se extiende también sobre la cuestión de la falta de sacerdotes. Dice que este mal se hallaba no solamente en Polonia y los países del norte, sino también en toda Alemania y Hungría. Que la mies era mucha, pero que los operarios eran pocos. Que el mejor remedio lo ofrecían los seminarios fundados por los jesuitas, cuya importancia quería hacer ver también personalmente al Papa. Sólo brevemente se tocan en la instrucción las pretensiones de Austria a la corona de Polonia, pues sobre esto Púteo había sido informado suficientemente en Roma. Precisamente este negocio debía reclamar una gran parte de su actividad durante los dos años que fué nuncio (3). A esto se añadieron contiendas sobre territorios italianos y pleitos

(1) Sobre el contenido y la importancia de la obra de Erstenberger cf. Janssen-Pastor, V, 461 ss., donde están anotadas las obras especiales. El juicio de Segá en Reichenberger, I, 353.

(2) Sobre cómo Juan Casimiro desde hacía años seguía siendo amigo de los Estados calvinistas, cf. Janssen-Pastor, V, 3 s.

(3) Cf. abajo, capítulo VII.

de enfeudación (1), así como la difícil cuestión de la provisión de los obispados vacantes de Hungría. Reinaba allí un estado de cosas indeciblemente triste. Una parte del país estaba ocupada por los turcos, y el resto amenazado por estos exasperados enemigos de la fe cristiana. Para colmo de desdichas, casi en todas partes — sólo formaba una honrosa excepción la diócesis de Agram en Esclavonia, donde en general florecía la vida eclesiástica (2) — se habían difundido en gran manera las novedades religiosas. Esto se había facilitado por el hecho de que muchos obispos húngaros ejercían al mismo tiempo importantes cargos civiles y descuidaban los intereses eclesiásticos más que los políticos. La situación llegó a ser enteramente insostenible cuando el emperador en sus apuros económicos que iban siempre en aumento, no hizo ningunos nombramientos para las sedes episcopales vacantes, a fin de poder disponer de sus rentas. Ya Malaspina y luego Segá habían llamado la atención de la Santa Sede sobre este mal (3), que había de conducir a la ruina de la cura de almas. También Púteo se interesó por este negocio con grandísimo celo. En ello se esforzó al mismo tiempo por conseguir una mudanza en la manera de proveer los obispados. En Hungría había la costumbre de que el rey o el emperador hiciese la concesión de las regalías antes de la confirmación pontificia (4). Sin embargo la Santa Sede deseaba con razón, que lo mismo que en Alemania la confirmación pontificia precediese a la enfeudación imperial. Púteo se afaná según sus fuerzas en este sentido, pero inútilmente. En cambio todavía en el decurso del año 1587 alcanzó el nombramiento imperial para los obispados vacantes de Raab, Neutra, Waitzen, Pecs, Veszprim, Csanad, Agram, Sirmium, Zengg y Knin. Después que la Santa Sede con exacta observancia de las prescripciones canónicas hubo tomado los necesarios informes, efectuóse la confirmación pontificia para todas las sedes a excepción de la de Veszprim, donde el nombrado no tenía aún la edad necesaria (5).

La provisión de los obispados húngaros vacantes se consideró en Roma como un gran triunfo de Sixto V. Con gran razón pudieron

(1) Por ejemplo, en 1589 especialmente la larga contienda sobre Novel-lara; v. Schweizer, II, 209, 358, 367, 383 s., 395 s., 432 s., 449 s., 517 s.

(2) V. *ibid.*, cxxxiv.

(3) V. Reichenberger, I, 147, 237, 421.

(4) V. Fraknói, *A magyar királyi kegyúri jog*, Budapest, 1895, 71 s.; Schweizer, II, cxxix.

(5) V. Schweizer, II, cxxx s.

los biógrafos atribuir al Papa enérgico el mérito de haber preservado de la ruina los obispados húngaros (1). Con la provisión de las sedes en obispos idóneos se había dado el primer paso para un mejoramiento de la situación eclesiástica. Púteo en la instrucción para su sucesor indicó lo que ahora se había de hacer además para la consolidación de la Iglesia católica: inmediata celebración de un sínodo provincial, publicación de los decretos del concilio de Trento y su ejecución con ayuda del emperador, celebración de una visita general, que debía ponerse en manos del arzobispo de Kalocsa, el cardenal Jorge Draskovich. Éste murió por desgracia el 31 de enero de 1587, y también el emperador tenía dificultades (2). Debían pasar todavía muchos años, hasta que también Hungría fuese participante de los beneficios de la reforma y restauración católica. También allí tuvieron parte en ello de un modo relevante los jesuitas (3).

Mientras Púteo obtuvo buenos resultados en la provisión de los obispados húngaros, sólo poco llevó adelante las demás cuestiones que en Austria y en el Imperio estaban pendientes. Sobre ellas informa muy en particular la instrucción escrita por él para su sucesor Alfonso Visconti, llegado a Praga el 4 de julio de 1589. En este documento de igual calidad que las relaciones finales venecianas traza una muy clara descripción del estado de las cosas y une con ella advertencias prácticas para la continuación de la restauración católica (4).

Los pocos buenos éxitos de Púteo se explican en parte por su personalidad, que no era a propósito para ejercer notable influencia (5). Pero fué decisiva la conducta medrosa del emperador, el cual se retraía de tomar disposiciones radicales, mas con su conducta vacilante no satisfacía ni a protestantes ni a católicos. Muy clara-

(1) V. Tempesti, I, 665.

(2) V. Schweizer, II, 504. Por la muerte del obispo de Raab, Pedro Heresinski, que fué canciller húngaro, acaecida en junio de 1590, se originó una nueva sede vacante, cuya provisión fué muy difícil de hacer y no se llevó a efecto hasta 1592; v. Schweizer, III, 178.

(3) Un breve resumen sobre la difusión de los jesuitas en Hungría da Krones, Historia de Austria, III, Berlín, 1878, 372 s.

(4) Este interesante documento, que representa una especie de relación final sobre el cual ha sido Ehses (II, 511 s.) el primero en llamar la atención, está ahora publicado íntegramente en Schweizer, II, 447-526. Por él se ve que los nuncios componían ahora casi regularmente tales miradas retrospectivas de conjunto para sus sucesores. Sobre el cambio de nunciatura v. Schweizer, II, 440, 472, 474, III, XVI s.

(5) V. Schweizer, II, CXXI.

mente se mostró esto en las revueltas de Estrasburgo, donde el depuesto arzobispo de Colonia, Gebardo Truchsess, y los canónigos protestantes de Colonia, que como éste habían sido expresamente excomulgados, defendieron sus prebendas con las armas y obligaron a los canónigos católicos a trasladarse a Saverna, donde estaba su obispo (1). En esta contienda se trataba para los protestantes no sólo de las personas de los canónigos interesados, sino también del principio de la «libertad religiosa». La nobleza protestante quería conservar su participación en los cabildos como sitios cómodos y lucrativos donde colocar a sus hijos menores. Por eso los canónigos protestantes de Estrasburgo hallaron también en todas partes solícito apoyo en los nobles y príncipes adictos a las novedades religiosas; pero el emperador se mostró muy congojoso y débil para proteger el derecho de los católicos y procurar que se obedeciesen sus mandatos (2). La importancia de la contienda aumentó todavía por la situación geográfica de Estrasburgo. El obispo de allí y el duque Guillermo de Baviera recomendaron en Roma decididas precauciones contra las acometidas de Gebardo Truchsess y sus partidarios. A lo que parece, Sixto V no conoció toda la importancia de esta contienda (3), pues las revueltas de Francia, de cuyo éxito dependía la subsistencia de la Iglesia católica en la Europa occidental, demandaban enteramente su atención. La verdad es que se contentó con la influencia de sus nuncios de Praga, Colonia y Lucerna, sin otorgar el subsidio solicitado por el obispo. Fué causa determinante de ello, además de su conocida economía, sin duda también la consideración de que esperaba todavía un buen éxito mediante la ejecución del destierro, mientras que un proceder bélico del obispo, sólo posible por donativos pecuniarios, era una empresa atrevida (4).

En Bohemia Púteo casi ningún buen resultado pudo alcanzar. El nuncio tuvo gran trabajo en mover al arzobispo Medek de Praga a hacer relación a Roma del estado de su diócesis. Éste mismo trazó un cuadro que no correspondía a la verdad (5). Púteo se queja repe-

(1) V. Janssen-Pastor, V, 114 s.

(2) Cf. Ehses-Meister, I, LXXXIII s.

(3) Esto lo hace resaltar mucho G. Wolf en su disertación sobre el tomo I de la Nunciatura de Colonia, publicada en las Mitteil. aus der hist. Lit., XXVI, 345.

(4) V. Ehses-Meister, I, LXXVII y Schmidlin, 403 s.

(5) Éste no pudo conocerlo Schmidlin (150 s.), porque entonces no estaban aún publicadas las relaciones de Púteo.

tidas veces de la negligencia del prelado de Praga en el gobierno de su iglesia, especialmente por lo que tocaba a las visitas pastorales y a su indiferencia respecto de los novadores y los husitas. La conducta del emperador y de sus consejeros impidió el mejoramiento anhelado por Púteo. También durante su nunciatura la restauración católica en el Austria inferior hizo sólo lentos progresos a pesar de los afanes del archiduque Ernesto y Klesl, principalmente porque faltaban buenos sacerdotes para reemplazar a los predicantes herejes expulsados. La resistencia de parte de la nobleza y de las ciudades era aquí más pasiva. Pero en el Austria superior se llegó a serias perturbaciones de los campesinos, las cuales ciertamente no radicaban puramente en las circunstancias religiosas. La actitud de la población de allí fué tan amenazadora, que el gobierno cedió (1).

A Púteo pertenece el mérito de haber apoyado los conatos de restauración católica del excelente obispo de Passau, Urbano de Trennbach (2). Qué dificultades encontró también en la Alemania del sur la restauración católica, experimentólo el duque Guillermo de Baviera en sus afanes por fundar un colegio de jesuitas en Ratisbona. Tuvo en ello que luchar no solamente con el ayuntamiento protestante, sino también con los administradores y el cabildo. Con todo Sixto V ayudó tan enérgicamente al duque, que éste consiguió su fin (3). Notables servicios le prestó en ello un alumno del Colegio Germánico, el predicador de la catedral doctor Jacobo Miller. Sixto nombró a este insigne sacerdote visitador pontificio para toda la diócesis de Ratisbona, incluso los monasterios exentos (4).

En el primer tiempo de la nunciatura del sucesor de Púteo, Visconti, cae el nombramiento de Klesl para reformador general, hecho por Rodolfo II el 28 de febrero de 1590, señal importante de que también en la corte imperial se tuvo al fin por oportuno un proceder decidido contra la propaganda protestante. De este tiempo procede una memoria de Klesl para el gobernador archiducal del Austria inferior sobre la manera de proceder ulteriormente contra el protestantismo en Viena y en las poblaciones rurales. También aquí se muestra Klesl como la verdadera alma de los conatos de res-

(1) V. Schweizer, II, 262, 266 s., 269, 305, 405, 432, 461; Huber, IV, 295 s.

(2) V. Schweizer, II, 8, 13. Sobre el obispo Urbano de Trennbach v. Schmidlin, 191 s.

(3) V. Duhr, I, 206 s. Cf. Reichenberger, I, 332; Schweizer, II, 157 s., 269 s.

(4) V. Schweizer, II, 346 s.

tauración en la región central de la monarquía de los Habsburgos; según sus dictámenes pensados con gran prudencia se han regido en el tiempo siguiente (1).

La posición de Alfonso Visconti, que llegó a Praga el 4 de julio de 1589, pareció al principio ser difícil, porque el cambio en la nunciatura de la corte imperial fué desagradable. También otras muchas veces se habían enturbiado las relaciones entre Rodolfo II y Sixto V; sin embargo el pleito feudal a causa de Novellara, que ocasionaba mucha perturbación, terminóse felizmente por condescendencia del Papa. En cambio Visconti hubo de oír de los ministros imperiales, que en la interminable contienda sobre la soberanía entre Wurzburg y Fulda el Papa se había hecho culpable de una injusta ingerencia. El nuevo litigio sobre la sal originado entre el duque de Baviera y el arzobispo de Salzburgo renovó en la corte imperial las llagas de las desavenencias sobre jurisdicción entre la curia y la audiencia imperial. Las más de estas controversias se tocaban en la instrucción que recibió Vito de Dornberg al tomar posesión de su cargo de embajador en Roma el 3 de septiembre de 1589 (2). En su respuesta de 2 de diciembre de 1589 a la llegada de Vito creyó el Papa haber de hacer la observación de que le hubiese sido más agradable que el embajador se hubiera presentado más a tiempo (3). Un breve pontificio de 13 de septiembre de 1589 había exhortado a ordenar la sucesión en el Imperio y la elección real del archiduque Ernesto enteramente católico, pero esta amonestación quedó sin resultado (4).

Como sus predecesores, así también Visconti desplegó una viva actividad en el terreno eclesiástico. Ya en su viaje a Praga había trabajado en este respecto en Munich y Salzburgo. De allí podía referir cosas buenas (5). En la corte imperial, conforme a las instrucciones del cardenal secretario de Estado se interesó ante todo por los negocios de los católicos de Aquisgrán y Salzburgo. Declaróse también contra la concesión de la investidura de Halberstadt al duque Julio de Brunswick, protestante. Desde Roma se le encargó encarecidamente, que, sin aguardar otras órdenes, favoreciese cerca del

(1) V. Bibl. en el Jahrb. f. Landeskunde von Niederösterreich, nueva serie, VIII (1909), 157 s.

(2) V. Rudolphi II Epist., 82 s.

(3) V. Schweizer, III, xx s., xxviii, 30, 130.

(4) V. Schweizer, III, xxxi, 48. El breve se halla en el Archivo para la historia de Austria, XV, 213.

(5) Cf. Schweizer, III, 4 s., 41.

emperador a los canónigos católicos de Halberstadt, para que se consiguiese la elección de un obispo católico (1).

Muchos cuidados y trabajos ocasionó a Visconti el triste estado de cosas de Bohemia, donde la muerte del arzobispo Medek, acaecida el 2 de febrero de 1590, suscitó la difícil cuestión de la provisión de la sede de Praga. De ella dependía la ejecución de la visita, así como el ganar a los husitas, lo que esperaba Visconti (2).

Con celo apoyó Visconti la labor reformatoria de Klesl en el Austria inferior. A fines de 1589 Klesl debía visitar también el monasterio de San Emmeram en Ratisbona, sujeto inmediatamente a la Santa Sede (3). La visita y reforma de los relajados monasterios benedictinos de Melk y Göttweih fué confiada a Visconti (4).

La aparición de una nueva secta en Silesia y las exigencias de los novadores en Estiria, Carintia y Carniola llenaron al nuncio de un serio temor. Acrecentáronse allí los peligros para la fe católica con la muerte del archiduque Carlos, acontecida el 10 de julio de 1590; el Papa encomendó el cuidado de estas regiones a los vecinos católicos y dió esperanzas de volver a proveer la nunciatura de Graz (5). En todos estos asuntos Visconti, que no tenía a su disposición ningunos medios de fuerza, estuvo dependiente de la buena voluntad del emperador; tanto más dolorosamente sintió el que en la corte de Praga el curso de los negocios siguiese tan lánguido como antes (6). Es característica la circunspección con que procedía aun en asuntos urgentes. Antes de dar un paso esperaba siempre una indicación de Roma; así lo hizo hasta en la cuestión de la sucesión en el ducado de Juliers-Cléveris, donde los protestantes procuraban establecerse de todas maneras (7).

## V

Entre los obstáculos que se oponían a que la reforma y restauración católica penetrase en Alemania, era uno de los más principales,

(1) V. Schweizer, XXIX, 23, 72 s., 79, 93, nota, 104, 121, nota, 135, 147, 169, 171.

(2) V. *ibid.*, 56, 140 s., 152, 186, 191.

(3) El breve, de 13 de diciembre de 1589, *ibid.*, 53.

(4) V. *ibid.*, 137 s., donde está impreso el breve de 10 de febrero de 1590.

(5) V. *ibid.*, 48, 90, 132, 193, 198 s.

(6) V. *ibid.*, XXXI, 130.

(7) V. *ibid.*, XXIX, 147 s.

como ya se había conocido en tiempo de Gregorio XIII (1), la falta de contacto con la Santa Sede y la insuficiente información de ésta acerca de la situación de Alemania. Penetrado de la convicción de que en este respecto no bastaba la sola actividad de los nuncios, el gran reorganizador eclesiástico Sixto V por su bula de 20 de diciembre de 1585 obligó severamente a todos los obispos a que en determinados espacios de tiempo visitasen o personalmente o por representantes apropiados los «umbrales de los Príncipes de los apóstoles», los «Limina Apostolorum», como suena la expresión oficial, para dar cuenta al jerarca supremo de la Iglesia de todas sus obligaciones pastorales y de todo lo que atañía a las iglesias a ellos sujetas, de la disciplina del clero y del pueblo, y finalmente de la salud de las almas encomendadas a su fidelidad, y recibir conforme a esto los mandatos apostólicos. Los obispos alemanes tenían que cumplir esta obligación cada cuatro años (2).

El recibimiento, examen y despacho de las relaciones sobre las diversas diócesis remitiólo el Papa el 19 de febrero de 1587 a la Congregación del Concilio por él reorganizada, cuyo cardenal prefecto tenía que oír a los obispos o a sus representantes y darles las órdenes correspondientes. Todavía antes de haberse tomado esta disposición, presentóse en Roma como primero de los obispos del Imperio romano-alemán el enérgico prelado de Trieste, Nicolás de Coret, muy celoso de la reforma (1588) (3). Siguió su glorioso ejemplo en lo más fuerte del verano de 1587 el obispo de Gurk, Cristóbal Andrés de Spaur (4). Al año siguiente, además del obispo de Coira, fueron también a Roma los prelados de Salzburgo y Brixen; el obispo de esta ciudad, Juan Tomás de Spaur, que desde hacía años trabajaba en la reforma de su diócesis, envió a su vicario general (5), mientras el metropolitano de Salzburgo, Wolf Dietrich de Raitenau, elegido el 2 de marzo de 1587 a la edad de veintiocho años no cumplidos, se presentó personalmente. Aunque no fué requerido a hacer relación del estado de su diócesis, quiso el nuevo arzobispo prestar homenaje al Papa y recibir su bendición. Esto, así como su conducta, hubo de producir la mejor impresión en la curia. Para evitar la pompa usual, llegó muy

(1) Cf. los dictámenes de 1573 en Schwarz, I s., 20, 23, 39, 42 s., 48, 57.

(2) Cf. vol. XXI, cap. III, pág. 132 s.

(3) V. Schmidlin, 23.

(4) V. *ibid.*, 96 s.

(5) V. *ibid.*, 66, 101 s.

inesperadamente al anochecer del 20 de mayo a la Ciudad Eterna, donde se hospedó en casa de su tío, el cardenal Altemps (1). Cuando los acompañantes del arzobispo suscitaron la cuestión sobre si éste como primado de Alemania debía estar en pie o sentado durante la audiencia con el Papa, Wolf Dietrich cortó todas las ulteriores discusiones con la declaración de que él era de opinión de que con las demostraciones de la mayor veneración al vicario de Cristo y sucesor de san Pedro no podía sino granjearse honor y gloria, y que por eso en la audiencia quería estar arrodillado y no levantarse hasta una orden reiterada del Papa. Así lo hizo también el arzobispo, cuando el 21 de mayo se acercó al Papa por primera vez. Contra la opinión de sus acompañantes Wolf Dietrich estuvo también enteramente contento de que en las solemnidades pontificias no se le asignase ningún lugar más elevado que el que estaba sobre los patriarcas y prelados asistentes. Lo que en la curia se oyó decir de la conducta y de los intentos del primado de la iglesia alemana, fué tan favorable, que se veía en el fogoso joven príncipe de la Iglesia un verdadero paladín de la causa de Dios (2). El gozo de Sixto V subió de punto cuando supo el propósito de Wolf Dietrich de oponerse enérgicamente a la herejía, que de los países vecinos había penetrado en su diócesis, especialmente en las ciudades ricas. Conforme a esto el arzobispo a su vuelta, acaecida el 9 de julio, publicó un severo edicto, según el cual en la ciudad de su residencia todos los que no querían ser católicos, habían de abandonar dentro de pocas semanas la ciudad y el campo.

Aunque Wolf Dietrich promovía de una manera semejante la restauración católica en los territorios de los Habsburgos sujetos a él en lo espiritual, sin embargo en su propio país no se atrevía a proseguir el camino tan decididamente emprendido, si con ello peligraban sus ingresos, como en las regiones mineras. Mostróse aquí, que en él el príncipe temporal tenía preponderancia sobre el pastor espiritual (3).

(1) Para lo que sigue cf. los importantes documentos de Martín en las *Mitteil. f. Salzburger Landeskunde*, LI (1911), 254 s., 329.

(2) *Utinam Germania multos huius mentis ac ingenii praelatos et pastores haberet, quibus adiutoribus et facile et brevi ad suam germanam fidem redire posset*, se dice en la memoria comunicada por Martín, loco cit.

(3) V. Erben en las *Mitteil. f. Salzburger Landeskunde*, XLII, 56 s. y Widmann, *Historia de Salzburgo*, III, 157. Cf. ahora también F. Martín, *Wolf Dietrich de Raitenau*, arzobispo de Salzburgo, Viena, 1926.

Sixto V por su secretario de Estado y los nuncios hizo recordar muy a tiempo a los obispos alemanes sus obligaciones señaladas por la bula de 20 de diciembre de 1585 (1). A estas instancias se debió el que ya en el decurso del año 1589, a cuyo fin terminaba el primer plazo, no menos de diez obispos hubiesen dado cuenta en Roma del estado de sus diócesis. Por efecto de la triste situación de Alemania, de las no pequeñas dificultades del viaje y de los gastos del mismo todos los demás excepto el obispo de Laibach, Juan Tautscher (2), enviaron sus representantes: así Andrés Jerin de Breslau, Martín Medek de Praga, Estanislao Pawlowski de Olmütz, Ernesto Mengersdorf de Bamberg, Marquard de Berg de Augsburgo, Martín de Schaumberg de Eichstätt, Cristóbal Blarer de Wartensee de Basilea, el conde Juan de Manderscheid de Estrasburgo y Wolfango de Dalberg de Maguncia (3). Algo retardados cumplieron también en 1590 la obligación de dar cuenta de sus diócesis Julio Echter de Wurzburg, Ludovico Madruzzo de Trento, el patriarca de Aquilea, Grimani, Jorge de Schönenberg de Worms, Juan de Schönenberg de Tréveris, el obispo de Trieste y finalmente también el príncipe elector de Colonia, Ernesto de Baviera (4). Sixto, que había amonestado reiteradamente a este último, ya no vió la llegada de los representantes de Colonia (5). De los obispos húngaros no pudo el Papa alcanzar que satisficieran personalmente a la obligación de su viaje ad limina o enviasen a uno de entre ellos; hubo de contentarse con la relación de su procurador en Roma, Diotalevi (6).

Por las relaciones de los obispos conoció el Papa muy por menudo con qué espíritu y extensión entendían las obligaciones de su cargo. Supo también pormenores de la situación y del desenvolvimiento de las diócesis. Las relaciones describían la capital del obispado y sus iglesias, las colegiadas, monasterios y otros establecimientos, la división y las parroquias de la diócesis, la condición moral y religiosa del pueblo y del clero, la actividad de los prelados, sus reformas, visitas pastorales y sínodos, el estado de la cura de almas y del culto divino, los seminarios y escuelas, finalmente tam-

(1) Cf. Ehses, II, 47.

(2) V. Schmidlin, 36.

(3) V. Schmidlin, 150, 176 s., 224, 267, 331, 404 s., 422, 469 s., 534; Schweizer, II, 394.

(4) V. Schmidlin, 23, 59 s., 313 s., 457 s., 491 s., 498.

(5) V. Ehses, II, 71, 124 s., 285 s., 418 s., 439, 442, 488; Schmidlin, 499 s.

(6) V. Schweizer, III, xxii, 60 s., 70, 105 s.

bién la situación económica (1). Por razón de estas relaciones la curia estaba en disposición de ordenar los necesarios remedios. A todas partes daba el prefecto de la Congregación del Concilio, cardenal Carafa, los más útiles consejos respecto a la reforma moral, especialmente tocante a la ejecución de los decretos tridentinos, a la erección de seminarios, a la celebración de sínodos y a la extirpación de la herejía (2). Fácil cosa es de ver cuán beneficiosa había de ser para la iglesia alemana esta comunicación con el centro de la unidad, pues casi en todas partes era necesario oponerse al ocaso moral y religioso y a la decadencia de la fe. Donde por efecto de una intervención enérgica de los obispos había motivo para elogios, el Papa no dejaba de tributarlos. Especial gozo produjo a él y a la Congregación del Concilio la relación del obispo de Wurzburg sobre la reducción de 100 000 almas a la antigua fe.

En la respuesta de la Congregación, fechada a 23 de mayo de 1590, se hacía el mayor elogio a la piedad del prelado de Wurzburg, a su celo en la extirpación de la herejía, a su solicitud por la

(1) V. Schmidlin, xxxiv s. El método que de acuerdo conmigo ha elegido el autor en el utilizar las relaciones de los obispos, que enriquecen no solamente la historia de la Iglesia, sino también la de la civilización y la del derecho, guarda un camino medio entre edición y disertación. Este procedimiento no solamente estaba condicionado por la admisión en las «Ilustraciones», sino también era necesario, porque para una publicación del texto *completo*, como lo hizo F. Dengel en 1907 para algunas diócesis de Austria, faltaban los medios necesarios. Contra algunas impugnaciones inconsistentes que ha dirigido principalmente Loserth, se ha defendido Schmidlin suficientemente en las Hojas hist.-pol., CXLIV, 375-393; cf. también su escrito: La reforma eclesiástica en Austria en tiempo de la llamada contrarreforma a la luz de las relaciones episcopales a Roma, Salzburgo, 1910. Los obispos que hacían relación, estaban bastante próximos a la tentación de exagerar por ambos lados; por esto se impone una severa crítica; pero seguramente no se deben apreciar tan bajamente las relaciones, como lo hace Loserth. La recta norma para un juicio fiel a la verdad se saca de la consideración crítica comparativa de otras fuentes. Al número de éstas pertenecen no solamente las relaciones de nunciatura, las que ya indicó Dengel en 1907 en las Investigaciones y comunicaciones para la historia del Tirol, IV, 313, sino también los especiales documentos de los archivos de cada uno de los obispados, que ciertamente todavía no han sido muchas veces utilizados. Sólo cuando la investigación especial los haya beneficiado, podrá trazarse un cuadro completo por todos lados de la situación eclesiástica de Alemania en aquel tiempo. Cf. también las excelentes observaciones de G. E. Schwarz en el Suplemento científico al periódico «Germania» de Berlín, 1907, núm. 1 y 1910, núm. 14, el cual, lo mismo que numerosos otros críticos, alaba calurosamente el «mérito imperecedero» de Schmidlin «en haber abierto esta nueva fuente para la historia eclesiástica de Alemania y héchola utilizable al mundo científico».

(2) Cf. Schmidlin, 37, 97, 226, 268, 333.

propagación de la religión católica y a su fiel adhesión a la Santa Sede, y es presentado Julio Echter a los demás obispos alemanes como modelo digno de imitación (1).

Cuán viva atención se prestaba en Roma en tiempo de Sixto V a las cosas de Alemania, muéstranlo también las memorias compuestas en 1588 por Minucio Minucci. En una de ellas este diplomático romano, entonces en la curia indudablemente el mejor conocedor de las circunstancias de Alemania (2), da una ojeada muy circunstanciada sobre la situación eclesiástica de todas las diócesis alemanas (3), y en la otra discute el estado general de la Iglesia católica en el Imperio y los medios para restablecerla enteramente en su antiguo esplendor (4). Contra el pesimismo de algunos italianos muestra Minucci un optimismo que alegra el corazón. En atención al todavía muy grande número de los católicos alemanes y a su «vivo e interior sentimiento de fe afirmado en las tentaciones y persecuciones», comparte la opinión de los que a pesar de toda la presente desgracia tienen la esperanza de que «de esta santa semilla saldrán aún tales flores y frutos, que al fin ningún otro país cristiano dará al cielo mayor cosecha».

Pero tampoco se le ocultan a Minucci las enormes dificultades que se oponían a la penetración de la reforma y restauración católica en Alemania. En su consideración preliminar advierte, que el médico que quiere curar con buen éxito, ha de conocer ante todo el organismo precisamente aquí muy complicado, si quiere suministrar medicamentos que por lo menos no maten al enfermo, y evitando su empeoramiento, le mantengan en vida con buen régimen alimenticio hasta tanto que las fuerzas robustecidas de la naturaleza en unión con la gracia divina efectúen lentamente la curación en circunstancias más favorables. El medio principal para un mejora-

(1) V. Schmidlin, 324. Sobre la actividad de restauración que Echter de Mespelbrunn, apoyado celosamente por los jesuitas, desplegó señaladamente en los años 1585, 1586 y 1587, no retrayéndose ni aun de duras disposiciones, v. Janssen-Pastor, V, 235 s. y Duhr, I, 486 s.

(2) V. Hansen, Relaciones de nunciatura, I, 737.

(3) \*Matricula in qua descripti sunt archiepiscopatus et episcopatus Germaniae, Urb., 838, p. 177-294, *Bibl. Vaticana*, en copias también designada como *Commentarius ecclesiarum Germaniae*, compuesto en 1588 (no en 1586, como Hansen [743] supone); v. Schmidlin, XLI, donde se habla más en particular sobre los manuscritos.

(4) *Stato della religione in Alemagna, pericoli che soprastanno et rimedii*, escrito editado por Hansen, Relaciones de nunciatura, I, 744-785.